

M. C. BEATON

AGATHA RAISIN

A stylized orange silhouette of a woman in a dress, holding a key, positioned to the right of the word 'AGATHA' in the title.

y el manantial de la muerte



Para esquivar sus embrollos emocionales, Agatha Raisin se ha dejado reclutar por su antigua firma de *marketing* para llevar a cabo una jugosa misión: ser la relaciones públicas de una compañía de aguas interesada en el manantial de Ancombe, el pueblo vecino de Carsely. El consejo parroquial del pueblo se encuentra dividido entre apoyar a la compañía y permitir que extraiga agua diariamente del manantial o dejar las cosas como están... El día que Agatha decide ir a dar un paseo hasta el manantial, da con una sorpresa: junto a la fuente está el cadáver de Robert Strutters, el presidente del consejo de Ancombe.

La sangre es más espesa que el agua...

El manantial se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, la zona sin alumbrado, donde ya no había casas y de nuevo empezaba el campo.

Al acercarse, oyó el repiqueteo del agua.

Estaba a punto de inclinarse sobre el manantial cuando, ahogando un grito, se echó hacia atrás sobresaltada y se le cayó la botella. Porque a sus pies yacía, con la mirada fija en la tenue luz de la luna y las estrellas del cielo, un hombre muerto.

Tras rechazar con un gesto de la mano los ofrecimientos de brandi o té, Agatha regresó con resolución al manantial y esperó. La noticia se propagó rápidamente por el pueblo y, al llegar la policía, ya se había formado un silencioso círculo de gente alrededor del cadáver. El cráneo que emergía del manantial les miraba maliciosamente desde el cuerpo del muerto.

Por los comentarios entre susurros de los presentes, Agatha se enteró de que el difunto era el señor Robert Struthers, presidente del Consejo Parroquial de Ancombe. La sangre se filtraba desde su nuca al manantial, sangre, negra en la noche, y se arremolinaba en el pilón de piedra de la base.

UNO

Agatha Raisin estaba aburrida y se sentía desdichada. Su vecino, James Lacey, había regresado por fin al *cottage* contiguo al suyo en la localidad de Carsely, en los Costwolds. Quería convencerse de que ya no estaba enamorada de él y que la frialdad que le mostraba no le importaba.

Había estado a punto de casarse con él, pero su marido, que por entonces seguía muy vivo, había aparecido durante la ceremonia nupcial, y James nunca había llegado a perdonarla del todo por el engaño.

Una noche de primavera, cuando el pueblo brillaba incandescente con los colores de los narcisos, las forsitias, las magnolias y los azafranes, Agatha se dirigía con paso cansino a la vicaría para asistir a una reunión de la *Carsely Ladies Society*, esperando que le contaran algún cotilleo que animara el tedio de sus días.

Pero lo que oyó no le interesó porque tenía que ver con un manantial del pueblo vecino de Ancombe.

Agatha conocía el manantial. En el siglo XVIII, una tal señorita Jakes lo había canalizado para que pasara por el lecho de su jardín a través de una tubería que tendió en el muro y que desembocaba en una fuente pública. El chorro de agua emergía a través de la boca de una calavera —una locura que había provocado un sinfín de críticas incluso en tiempos tan lúgubres como el siglo XVIII— e iba a parar a un pilón hundido en el suelo, se desbordaba por el filo del pi-

lón, pasaba por una rejilla y luego por debajo de la carretera. Al otro lado, se convertía en un pequeño arroyo que serpenteaba entre otros jardines hasta desembocar en el río Ancombe.

Sobre la calavera se habían grabado unos toscos versos, escritos por la señorita Jakes. Rezaban así:

Cansado viajero, detente y mira
el agua que aquí mana y expira.
Pasamos nuestros días en este valle de rivalidad,
agáchate y bebe a fondo de las aguas de la vida.

Doscientos años antes, se creía que el agua poseía propiedades mágicas y terapéuticas, pero, en esos momentos, los paseantes se detenían a rellenar las cantimploras y, esporádicamente, la gente del lugar, como Agatha, llenaba una botella y se la llevaba a casa para preparar el té, pues el agua era más blanda que la del grifo.

Hacia poco, la recién creada Compañía de Aguas de Ancombe había intentado que el Consejo Parroquial^[1] de Ancombe le concediera permiso para extraer agua diariamente del manantial, al precio de un penique por cada cuatro litros y medio.

—Muchos opinan que es un sacrilegio —dijo la señora Bloxby, la esposa del vicario—. Pero el manantial nunca ha tenido nada que ver con la religión.

—Ya, pero supone añadir una fea nota de mercantilismo a nuestra apacible vida rural —se quejó una recién llegada a la sociedad femenina, la señora Darry, que se había mudado hacía poco a los Cotswolds desde Londres y aún hacía gala del fervor de los forasteros por conservar la vida de pueblo.

—Pues yo digo que no molestará a nadie —afirmó la secretaria, la señorita Simms, a la par que cruzaba las piernas

con sus medias negras, mostrando por un momento un muslo que desvelaba que llevaba liguero—. Quiero decir que el camión del agua vendría cada día al alba. Después, todos pueden utilizarlo como es habitual.

Agatha reprimió un bostezo. Como mujer de negocios jubilada que había dirigido, y con éxito, su propia empresa de relaciones públicas, a su juicio aquella empresa era una idea comercial sensata.

No le caía bien la señora Darry, que tenía cara de hurón asustado, así que dijo:

—Los Cotswolds ya están bastante mercantilizados a estas alturas, ya no caben más autobuses turísticos, teterías y tiendas de artesanía.

En ese momento la sala se dividió en tres facciones: quienes estaban a favor del plan de la empresa, los que se oponían a ella, y quienes —como Agatha— estaban hartas y aburridas del asunto.

La señora Bloxby hizo un aparte con Agatha cuando ésta se disponía a marcharse, y su amable rostro delató una expresión preocupada.

—La noto un tanto decaída, querida —dijo—. ¿Es por James?

—No —mintió Agatha a la defensiva—. Es por la época del año. Siempre me deprime.

—«Abril es el mes más cruel».

Agatha parpadeó sin poder contenerse. Intuyó que era una cita literaria y ella detestaba las citas, le reventaban y las consideraba pertenecientes a un mundo fatuo de artistillas pedantes.

—Eso es —gruñó malhumorada y salió al dulce aire vespertino.

Una bella magnolia relucía con destellos cerosos en el silencio del jardín de la vicaría. En el cementerio contiguo a la iglesia, los narcisos, blanqueados por la luz de la luna, crecían junto a las viejas lápidas inclinadas.

«Tengo que comprar una parcela en el cementerio», pensó Agatha. Qué acogedor debería de ser reposar al final de los días bajo ese manto de hierba enmarañada y flores. Suspiró. En ese momento, la vida era un cuenco de frutas resecas, con un hueso en cada una.

Casi se había olvidado de la compañía de aguas; pero una semana más tarde la llamó Roy Silver. Roy había trabajado para ella cuando dirigía su propia empresa y ahora lo hacía para la compañía que se la había comprado cuando la dejó. Estaba muy excitado.

—Escucha esto, Aggie —dijo con voz cantarina—: la Compañía de Aguas de Ancombe, ¿sabes cuál es?

—Sí.

—Son nuestros nuevos clientes y, como tiene su sede en Mircester, el jefe se preguntaba si querrías llevar su cuenta, como *freelance*.

Agatha clavó una mirada acerada en el teléfono. Roy Silver fue quien había encontrado a su marido, que se había presentado en el momento en que se disponía a casarse con James.

—No —dijo con brusquedad y colgó.

Se quedó sentada, mirando el aparato y, haciendo acopio de valor, descolgó y marcó el número de James.

Éste contestó al primer timbrado.

—James —dijo Agatha con una alegría mal fingida—. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

—Lo siento mucho —respondió él en un tono desabrido—. Estoy ocupado. Y —añadió rápidamente, como si quisiera prevenir cualquier otra invitación— voy a estarlo durante las próximas semanas.

Agatha volvió a colgar, esta vez con suavidad. Le dolía el estómago. La gente siempre habla de corazones rotos, pero el verdadero dolor se concentra en las entrañas.

Un mirlo cantó alegremente en algún punto del jardín, la dulzura de sus trinos intensificó el dolor interior de Agatha.

Cogió el teléfono de nuevo y marcó el número de la comisaría de Mircester y pidió hablar con su amigo, el sargento Bill Wong. Cuando le dijeron que era su día libre, lo llamó a su casa.

—Agatha —dijo Bill complacido—. Hoy no tengo ningún plan. ¿Por qué no vienes a casa?

Agatha vaciló. Los padres de Bill siempre le habían parecido gente un tanto sórdida.

—Me temo que estaré solo —prosiguió Bill—. Mis padres han ido a Southend a visitar a unos parientes.

—Muy bien, me pasaré por allí —dijo Agatha.

Al salir con su coche desvió la mirada para no ver el cottage de James.

Bill estaba encantado de verla. Todavía no había cumplido los treinta, tenía la cara redonda y se había adelgazado.

—Estás en buena forma, Bill —dijo Agatha—. ¿Novia nueva?

La vida amorosa de Bill oscilaba en función de su figura, que engordaba rápidamente en cuanto no había un amorío a la vista.

—Pues sí. Se llama Sharon. Es una mecanógrafa de la comisaría. Es muy guapa.

—¿Se la has presentado ya a tus padres?

—Todavía no.

En ese caso, la relación iría bien por un tiempo, pensó Agatha con cinismo. Bill adoraba a sus padres y nunca entendería por qué, en cuanto les presentaba a una de sus novias, el romance acababa instantáneamente.

—Estaba a punto de comer —dijo Bill.

—Te llevaré a algún sitio. Corre de mi cuenta —se apresuró a decir Agatha.

Bill cocinaba tan espantosamente como su madre.

—Acepto. Hay un *pub* decente al final de la calle.

El Jolly Red Cow era un lugar deprimente, dominado por una mesa de billar donde los jóvenes desempleados y de rostros lívidos de Mircester mataban las horas diurnas.

Agatha pidió ensalada de pollo. La lechuga estaba reblandecida y el pollo, correoso. Bill se zampó un combinado grasiento de huevo, salchichas y patatas y, por su expresión, pareció disfrutarlo.

—¿Y qué me cuentas, Bill? ¿Algo emocionante?

—No ha pasado gran cosa. Todo ha estado bastante tranquilo, gracias a Dios. ¿Y qué me dices de ti? ¿Ves mucho a James?

A Agatha se le crispó la expresión.

—No, apenas lo veo. Lo nuestro ha terminado. Y no quiero hablar de ello.

Como si también él quisiera cambiar de tema, preguntó Bill al instante:

—¿Y qué es todo ese alboroto sobre la nueva compañía de aguas?

—Oh, eso. Hablaron del tema en la sociedad femenina la semana pasada. La verdad, no me interesa demasiado. Quiero decir que no veo a qué viene tanto follón. Van a pasar todos los días de madrugada a llevarse el agua y el resto de la jornada seguirá como siempre.

—No sé, tengo un mal presentimiento sobre ese asunto —dijo Bill mientras mojaba las patatas fritas en el ketchup—. Todo lo que tenga que ver con el medio ambiente tarde o temprano va a dar lugar a algún grupo de protesta y también, tarde o temprano, a algún tipo de violencia.

—Yo no diría tanto. —Agatha pinchó desconsoladamente un trozo de pollo—. Ancombe es un pueblo bastante tranquilo.

—Te sorprenderías. Incluso en los lugares más tranquilos puede estallar un tumulto. Hay grupos de militantes a los que el medio ambiente no les importa lo más mínimo. Lo único que buscan es una excusa para armar jaleo. A veces creo que son la mayoría. La gente que de verdad se preo-

cupa por algún problema medioambiental suele formar grupos pequeños y comprometidos con la causa que emprenden protestas pacíficas pero, antes de que se den cuenta, se encuentran rodeados de militantes; algunos de los primeros son los que se arriesgan a salir mal parados.

—Ya te he dicho que no es un tema que me interese demasiado —dijo Agatha—. En realidad, para serte sincera, últimamente me interesan pocas cosas.

Él la miró con un gesto de comprensión y preocupación.

—Lo que quieres es que me saque un crimen de la manga para que lo investigues. Pues bien, no voy a hacerlo. No puedes ir por ahí esperando a que asesinen a la gente a modo de pasatiempo.

—Es un poco grosero llamarlo pasatiempo. ¿Qué es esta porquería?

Apartó el plato con un gesto de enfado.

—A mí me parece que la comida de aquí es muy buena —dijo Bill a la defensiva—. Te has vuelto quisquillosa porque te sientes desdichada.

—En cualquier caso, estoy a dieta. El miserable de Roy Silver me llamó pidiéndome que me encargara de las relaciones públicas de esa compañía de aguas.

—Pues es un trabajo y te distraerá. Tienen sus oficinas aquí mismo, en Mircester.

—Estoy retirada.

—Y desdichada e infeliz. ¿Por qué no lo aceptas?

Agatha no pretendía contarle la verdadera razón de su rechazo. Días en la oficina significaban días lejos de James Lacey, quien, tal vez milagrosamente, podría cambiar de actitud y mostrarse más amable con ella.

Cuando se despidieron, Bill volvió pensativo a casa. Llevado por un impulso, telefoneó a James.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó James animadamente—. Hace siglos que no te veo.

—Has estado en el extranjero. Acabo de comer con Agatha y me he dado cuenta de que hacía bastante que

tampoco hablaba contigo.

—Oh.

El «oh» de James sonó tan gélido que Bill creyó que si estuviera sosteniendo un teléfono de dibujos animados se habrían formado carámbanos de hielo en el cable. Así que charló despreocupadamente de naderías, aunque lo que en realidad hubiera deseado era pedirle que le diera un respiro a Agatha y la invitara a cenar.

Una semana más tarde, Agatha acababa de dar cuenta de su desayuno habitual de cuatro cigarrillos y tres tazas de café fuerte cuando sonó el teléfono. «Que sea James», le imploró a ese Dios antropomórfico de largas barbas y pelo enmarañado con el que a menudo, en momentos de angustia, hacía pactos. «Si es James dejaré de fumar».

Pero el Dios que imaginaba Agatha era fruto de la mitología más que de otra cosa, así que no le sorprendió mucho descubrir que era Roy Silver quien estaba al otro lado de la línea.

—No cuelgues —dijo Roy precipitadamente—. Sé que aún estás resentida conmigo por haber encontrado a tu marido.

—Y me arruinaste la vida —contestó Agatha con amargura.

—Bueno, ahora está muerto, ¿no? Y si James no quiere casarse contigo, yo no tengo la culpa de eso.

Agatha colgó.

Llamaron al timbre. Tal vez Él había atendido sus plegarias. Apagó el cigarrillo que se estaba fumando.

—El último —dijo en voz alta hacia el techo.

Abrió la puerta.

Era la señora Darry.

—Me preguntaba si podría hacerme un favor, señora Raisin.

—Pase —contestó Agatha con voz desolada.

La condujo a la cocina, se sentaron a la mesa y encendió de muy mal humor otro cigarrillo.

La señora Darry se acomodó.

—Le estaría muy agradecida si no fumara.

—Pide mucho —dijo Agatha—. Ésta es mi casa, y éste, mi cigarrillo. Dígame qué quiere.

—¿No sabe que eso la está matando?

Agatha miró su cigarrillo y luego a la señora Darry.

—Pues si me está matando a mí, no la está matando a usted. Suéltelo ya: ¿qué quiere?

—Agua.

—Sale del grifo. ¿Acaso le han cortado el suministro?

—No, no me ha entendido. Mi madre viene a mi casa.

Agatha parpadeó. Le había echado sesenta y muchos a la señora Darry.

—Mi madre tiene noventa y dos años —prosiguió la señora Darry—. Es muy maniática con el té. No tengo coche y me preguntaba si podría traerme usted una botella de agua del manantial de Ancombe.

—No tenía intención de ir a Ancombe —dijo Agatha al tiempo que pensaba lo mal que le caía esta recién llegada al pueblo.

Era una mujer muy desagradable. Qué raro le parecía que la gente pudiera ser tan fea, y no especialmente por su aspecto físico sino por el aire de superioridad, insatisfacción y mal humor que transmitía siempre.

Vestía una de esas chaquetas acolchadas sin mangas, abotonada y ceñida por encima de una blusa de cuello alto. La nariz puntiaguda, la boca fruncida, el cabello rubio oscuro y aquellos vigilantes ojos verde claro hacían que a Agatha le recordara más que nunca a un despiadado animal salvaje, siempre en busca de una presa.

—¿No puede pedírselo a nadie más?

Agatha pensó en invitar a café a la señora Darry, pero al momento cambió de opinión.

—Todo el mundo está muy ocupado —se lamentó la señora Darry—. Y, la verdad, no parece que usted tenga mucho que hacer.

—Pues, para serle sincera, sí —replicó Agatha dolidas por la pulla—. Voy a encargarme de las relaciones públicas de la nueva empresa de aguas.

La señora Darry recogió el bolso y los guantes y se levantó.

—Me sorprende de usted, señora Raisin. Me resulta increíble que, viviendo en este pueblo, esté dispuesta a colaborar y ser cómplice de una empresa que pretende destruir nuestro medio ambiente.

—Salga de mi casa.

En cuanto se quedó sola, Agatha encendió otro cigarrillo. A lo largo de día, le estuvo dando vueltas a la idea de representar a la compañía de aguas. Por descontado, era posible que la oferta ya no siguiera en pie. Si la contrataban para el lanzamiento, tendría que trabajar mucho, y si lo hacía, no sentiría el impulso de hacer más llamadas telefónicas estúpidas a James y sufrir su inevitable rechazo.

Una triste velada ante el televisor hizo poco para mejorar su estado de ánimo. Se comió una tableta entera de chocolate y sintió que la cintura de su falda se le ceñía de forma alarmante. En vano se dijo que la sensación de constreñimiento en esa zona seguramente sería psicósomática. Llevada por un impulso, decidió buscar una botella, acercarse paseando a Ancombe, recoger un poco de agua para el té y echarle otro vistazo al manantial.

Era otra hermosa noche. Los cerezos de racimo brillaban como estrellas en los setos, los huertos a cada lado de la carretera resplandecían con flores de manzano. Caminó con paso cansino: una figura regordeta que se sentía empequeñecida por la belleza de la noche.

La caminata hasta Ancombe era de varias millas, y cuando se aproximó al manantial estaba agotada y arrepentida de no haber cogido el coche.

El manantial se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, la zona sin alumbrado, donde ya no había casas y de nuevo empezaba el campo.

Al acercarse, oyó el repiqueteo del agua.

Estaba a punto de inclinarse sobre el manantial cuando, ahogando un grito, se echó hacia atrás sobresaltada y se le cayó la botella. Porque a sus pies yacía, con la mirada fija bajo la tenue luz de la luna y las estrellas del cielo, un hombre muerto.

«Y bien muerto», se dijo Agatha al buscarle el pulso y no encontrarlo.

Corrió de vuelta a la casa más próxima, despertó a sus habitantes y llamaron a la policía.

Tras rechazar con un gesto de la mano los ofrecimientos de brandi o té, Agatha regresó con resolución al manantial y esperó. La noticia se propagó rápidamente por el pueblo y, al llegar la policía, ya se había formado un silencioso círculo de gente en torno al cadáver. El cráneo que emergía del manantial les miraba maliciosamente.

Por los comentarios entre susurros de los presentes, Agatha se enteró de que el difunto era el señor Robert Struthers, presidente del Consejo Parroquial de Ancombe. La sangre se filtraba desde su nuca al manantial, sangre, negra en la noche, y se arremolinaba en el pilón de piedra de la base.

Las sirenas desgarraron el silencio nocturno. Por fin había llegado la policía. Bill no estaría entre ellos. Era su día libre.

Agatha reconoció al inspector Wilkes.

Se sentó en uno de los coches de la policía e hizo una declaración ante una agente. Se sentía bastante aturdida. Le pidieron que esperara y le dijeron que un vehículo oficial la llevaría de vuelta a casa.

Finalmente, la dejaron en su *cottage*. Vaciló unos instantes en el peldaño del umbral, mirando melancólicamente hacia la vivienda contigua. Se le presentaba una magnífica

oportunidad para hablar con James. Pero la conmoción del hallazgo del cadáver había cambiado algo en su interior. «Merezco algo mejor», se convenció Agatha mientras abría la puerta y entraba.

Estaba preparándose una taza de café cuando llamaron al timbre. Esta vez no esperaba encontrarse con James en la puerta, y con genuina gratitud y alivio dio la bienvenida a la esposa del vicario, la señora Bloxby.

—Me he enterado de la espantosa noticia —dijo la señora Bloxby recogiendo un mechón de cabello gris detrás de la oreja—. He venido para hacerle compañía esta noche. No creo que quiera estar sola.

Agatha la miró con afecto, recordando las noches en que la señora Bloxby se había ofrecido a quedarse con ella.

—Creo que estaré bien —contestó—, pero aun así le agradecería que se quedase un rato.

La señora Bloxby la siguió hasta la cocina y se sentaron.

—La señora Darry me telefoneó para darme la noticia. Si se asoma, verá luces encendidas por todo el pueblo. Se pasarán la noche hablando del tema.

—Cuénteme lo que sepa de ese asunto del agua —le pidió Agatha mientras le ofrecía una taza de café—. Supongo que les pidieron que tomaran una decisión al respecto.

—Sí, claro, y mantuvieron algunos debates bastante acalorados sobre la cuestión.

—¿Quién es el dueño del agua?

—Bueno, procede del jardín de la señora Toynbee, pero dado que la fuente está en el exterior, en la carretera, esa parte pertenece a la parroquia. El Consejo Parroquial de Ancombe lo componen siete miembros y todos ocupan el puesto desde hace años.

—¿Y qué pasa con las elecciones al consejo?

—Oh, se convocan de vez en cuando, pero nadie quiere ese puesto, así que nadie se presenta como candidato. El difunto señor Struthers era el presidente, el señor Andy Stiggs es el vicepresidente, y los demás miembros son la se-